

## Desempleo y literatura

Por Pablo Ingberg

Un obrero metalúrgico recibe en su lugar de trabajo la visita de una amiga. Luego de mostrarle en qué consiste su tarea, la acompaña a recorrer la fábrica y le exhibe una máquina que hace el mismo trabajo que él pero a mayor velocidad, con mayor precisión, a menor costo. Como consecuencia de la reciente adquisición de esa máquina, sus patrones han despedido a algunos empleados y le han reducido el salario a los restantes, incluido él.

Esta escena podría haberse producido antes de ayer en Villa Martelli, pero pertenece a *La taberna*, novela de Émile Zola cuya acción transcurre en el París de mediados del siglo XIX. Con la publicación de esa novela, en 1877, Zola se convirtió en el autor más leído en París, desplazando a Víctor Hugo. Y es que la escena en cuestión, por supuesto, es mucho más que ese escueto resumen centrado en los aspectos que aquí vienen a cuento.

Desde el inicio de la Revolución Industrial hace un par de siglos, la industria absorbe y expulsa, como se expande y retrae la marea, lo que desde entonces se ha dado en llamar mano de obra. Una sinécdoque que no deja de tener algo de monstruoso: no seres humanos sino meramente manos; no el todo sino la parte específica que ejecutará la tarea. Si bien el desarrollo tecnológico, que ya el obrero de *La taberna* ve cernerse sobre su futuro como un buitres en busca de carroña desechada, puede haber ampliado o modificado las partes del cuerpo requeridas para el trabajo, la cuestión de fondo sigue siendo la misma.

La súbita aplicación masiva de una modernización tecnológica largo tiempo demorada tuvo, en la Argentina, un fuerte impacto sobre el nivel de empleo. Ese giro en cuanto a la intensidad de la aplicación de tecnología es relativamente cercano en el tiempo, y su efecto es claramente palpable en el presente, por lo cual los medios de información le dedican frecuente espacio a modo de noticia. En tanto el fenómeno afecta, aunque en menor medida que a la Argentina, a gran parte del mundo, algunos libros que se ocupan del tema, en versiones más o menos apocalípticas u optimistas, se han ganado un espacio en las listas de los más vendidos. En todos los casos, se trate de libros o de medios de información, parece hablarse del asunto como de un fenómeno completamente nuevo.

Cuando leemos, en un detalle casi periférico de una novela más que centenaria como la de Zola, que en aquella época estaba planteándose un problema esencialmente similar, y que por ende el mundo no ha cambiado tanto como se nos dice a diario, la perspectiva desde la cual contemplamos el presente gana en profundidad y relieve. Puede llevarnos a pensar, por ejemplo, que en el caso concreto de la Argentina lo que hubo fue la ausencia total de una planificación destinada a evitar o aliviar los previsibles efectos de un fenómeno que, más allá de las ocasionales características que adquiriera la modernización tecnológica, viene produciéndose cíclicamente desde hace largo tiempo. Que, acaso y entre otros motivos, allí radica la diferencia entre las tasas de desempleo de la Argentina y la de otros países. Que las versiones apocalípticas que hablan de procesos irreversibles de corta data se ocupan en aspectos quizá no tan profundos, los cuales, además, no resultan tan recientes sino que vienen produciéndose en forma reiterada desde hace tiempo sin que el apocalipsis haya llegado todavía.

**Utilidad de lo inútil**

Nunca formé parte de los que creen que algún tipo de proselitismo diseñado para promover la lectura de libros pueda resultar realmente beneficioso. Pienso, por el contrario, que la lectura más auténtica y valiosa es aquella que se hace por propia elección particularizada y no por propaganda general. Por lo tanto, mucho menos habría de proponer la lectura de una o múltiples obras literarias fundándome en beneficios tan utilitarios como el de obtener cierta o determinada información. Más aún en épocas tan utilitaristas en que todo parece valer según para qué sirva. Si algo caracteriza al arte, es que la utilidad no se cuenta entre sus fines específicos.

La lectura de una buena obra literaria valdrá la pena o no por motivos artísticos. Uno de ellos, y no el menor, es su capacidad de acercarnos una dimensión humana que, por encima del tiempo y el lugar de donde provenga, siga teniendo vigencia en el presente. Por ejemplo, el miedo a la muerte de un personaje en un pasaje de la *Ilíada*, la más antigua obra literaria de occidente, se parece al que podría asaltarnos a nosotros mismos en cualquier momento. Por ejemplo, la concreción sublimada del amor entre un hombre y una mujer a través del trabajo de aquél, en otro perfil de la escena de Zola resumida al principio de esta nota, excede hacia adelante y hacia atrás el tiempo de las máquinas y la Revolución Industrial, a tal punto que podría repetirse sin máquina alguna o con la más sofisticada de las máquinas imaginables o por imaginar. Son los elementos relativamente inmutables, que nos llevan a pensar que no todo cambia tanto como su carácter de noticia nos lo quiere hacer ver con la mayor frecuencia.

En torno a ese sol perdurable cuyos cambios son casi imperceptibles, se mueven los elementos mutables, la manera de percibirlos. Todo libro que, por su origen, nos transporta a cosmovisiones de otro tiempo y lugar (algo que una narración histórica actual o un libro de historia jamás podrán hacer, pues se tratará ineludiblemente de una cosmovisión presente de hechos pasados), expande nuestra capacidad de pensar, nos desencierra del estrecho presente. Nos muestra, como el obrero de Zola la máquina maravillosa y temible, que las grandes novedades que encontramos día a día en los diarios, la radio, la televisión, no son tan novedosas. Y que, algo a lo que siempre deberemos estar agradecidos, incluso del horror es posible extraer humanidad y belleza.

Un hecho tan humano y tan bello como el aumento del empleo y del nivel salarial sería, seguramente, mucho más efectivo para promover la lectura que cualquier propaganda. Y ayudaría a que la mano de obra fuera algo más que la parte útil de un ente al que casi le sobra lo demás.